

LA TRANSFORMACIÓN HISTÓRICA DE COREA

ALFREDO ROMERO CASTILLA
UNAM

LA ZONA DEL Pacífico asiático se describe como una de las regiones más dinámicas y productivas del mundo. La explicación de este fenómeno descansa primordialmente sobre las bases económicas que dieron sustento a un proceso acelerado de industrialización. Desde este ángulo, dicho proceso se ve como producto de una política económica en la que los gobiernos y los sectores privados interactuaron exitosamente para impulsar la productividad y el intercambio comercial.

Si bien tales logros constituyen los aspectos más notables de este proceso, la comprensión de su génesis y desarrollo no podría estar completa si junto con los fundamentos económicos no se estudian las bases sociohistóricas del proceso de modernización.

El estudio de la incorporación de las sociedades de Asia a los procesos políticos, económicos y culturales del mundo contemporáneo le plantea al investigador una tarea compleja. ¿Cómo interpretar el sentido de la modernidad en sociedades no europeas cuyo desarrollo histórico no tiene vínculos directos con el Renacimiento, el impulso mercantilista y el auge del capitalismo industrial del siglo XIX, raíces de donde emanó la modernidad europea?

La respuesta a esta pregunta implica considerar que las recientes transformaciones operadas en las sociedades tradicionales de Asia son fenómenos surgidos en el seno de una matriz cultural afectada por el impacto devastador de fuerzas provenientes del exterior, y que la supervivencia de esas sociedades dependía de su capacidad de respuesta para lograr el cambio. Para su estudio se impone partir, en una primera instancia, del conocimiento de los procesos endógenos y de los valores

sociales que los sustentaron para finalmente correlacionarlos con el impacto del influjo externo.

Los elementos mencionados poseen características diversas y complejas que varían de sociedad a sociedad. En el caso de Corea, éstas revisten matices específicos, por lo que analizarlas entraña establecer las bases de su matriz histórica. Los orígenes de la entidad sociocultural que es Corea datan de épocas muy remotas, y en consecuencia poseen un carácter autónomo que merece ser estudiado.

Tal largo trayecto ha estado envuelto en múltiples contradicciones, que lo mismo se deben al proceso de la integración nacional de Corea como a la influencia de patrones culturales externos. Este binomio enmarca la problemática de la modernidad, cuyo corolario contemporáneo comprende la supervivencia nacional, la independencia, la democracia, el desarrollo económico y, sobre todo, la escisión nacional, marcada por la bifurcación de dos rutas de transformación económica y social.

La matriz histórica

La historia de Corea, como la de otros entre sus vecinos de Asia, ha estado determinada por la confluencia de varios elementos de carácter geográfico y cultural. El espacio geográfico —una península situada en el este de Asia— comprendió, en los albores de la historia de Corea, una franja de la actual Manchuria; hoy día tiene una superficie de 220 847 km²: 122 370 km² corresponden a la República Democrática Popular de Corea y 98 447 km² a la República de Corea.

Este territorio no es sólo un espacio físico sino también humano. El mapa geográfico coreano —simbolizado desde la antigüedad por la imagen poética que describe “los tres mil *ri* de hermosos ríos y montañas”— es el hábitat donde se asentó un conglomerado social diverso que forjó una identidad colectiva en términos de etnia y cultura.

Las raíces de esta identidad se originan a partir del encuentro entre las tribus altaicas y los grupos paleoasiáticos, los que

por constituir una minoría acabaron por asimilarse.¹ El origen altaico de los primeros coreanos se constata, además, en la estructura de la lengua coreana.²

La población actual de Corea es de aproximadamente 67 millones de habitantes, de los cuales 63 millones viven en las partes norte y sur de la península y el resto, formado por 4 millones, se encuentra repartido de la siguiente manera: 1 800 000 viven en China, un millón en Estados Unidos, 700 mil en Japón, 400 mil en la antigua URSS y el resto se encuentra esparcido por otros lugares de Asia, Europa y América.³

La forma como esta población ha vivido su entorno geográfico es un elemento que ha marcado la historia coreana y que a su vez está íntimamente ligado a la manera de concebir el tiempo histórico inherente a su demarcación cronológica. A este respecto, considero importante remitirme al análisis de la historiografía coreana presentado por el historiador Lee Ki-baik, quien en el prólogo a su *Hanguksa Shinlon* —Nueva perspectiva de la historia de Corea— agrupó el estudio de la historia coreana en tres tendencias principales: 1) La interpretación nacionalista; 2) la visión economicista-social y 3) la concepción positivista de la evolución nacional.⁴

La primera tendencia constituye un intento por explicar el desarrollo histórico coreano tomando como fuente “el alma y el espíritu del pueblo”. Para los autores de esta corriente hay una correlación entre ambos elementos: cuando ha habido

¹ Kim Jun-hak, “Ethnological Origin of Korean Nation”, *Korea Journal*, junio de 1963, p. 5.

² Lee Ki-mun, “Formation of Korean Language”, *Korea Journal*, vol. 11, núm. 12, pp. 4-5.

³ A este respecto pueden consultarse las siguientes obras: Suh Dae-Sook (comp.), *Koreans in the Soviet Union*, Honolulu, Center for Korean Studies, University of Hawaii, 1987; Suh Dae-Sook y Edward J. Shultz (comps.), *Koreans in China*, Honolulu, Center for Korean Studies, University of Hawaii, 1990; Richard H. Mitchell, *The Korean Minority in Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967, y Lee Changsoo y George de Vos (comps.), *Koreans in Japan. Ethnic Conflict and Accommodation*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1981.

⁴ Lee Ki-baik, *Hanguksa Shinlon*, Seúl, Ilchogak, 1966. Hay una versión española hecha por Ko Buan de la edición coreana de 1983, publicada bajo el título *Nueva Historia de Corea*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988.

dinamismo entre ellos, los procesos históricos han alcanzado un desarrollo espléndido; cuando ambos se debilitaron, el curso de la historia también se vio afectado. Para estos autores, si bien hubo momentos en los que el perfil y la entraña de la nación se desdibujaron, la fuente generadora que constituyen el espíritu y el alma del pueblo jamás decayó y siempre apuntó hacia el día en que se recuperaría el carácter soberano de la nación.⁵

La corriente fundada en el desarrollo económico y social se basa en la influencia periódica que han tenido en el curso de la historia, los conflictos económicos y las relaciones entre gobernantes y gobernados.

La corriente positivista, por su parte, surgió como una postura crítica ante las perspectivas señaladas antes, a las que reprochaba su manera prejuiciada de interpretar la historia, que era contraria al reconocimiento objetivo de los hechos, posición ésta que aseguraba una mejor vía para desentrañar el pasado histórico.

De acuerdo con Lee, estas tres corrientes representan, pese a sus diferencias, contribuciones sobre las que se han edificado las bases de una tradición historiográfica coreana cuyos aportes principales son: el apoyo a la lucha por la independencia, en el caso de la corriente nacionalista; la justificación de la reforma de la sociedad confuciana, en el caso de la corriente nacionalista; la justificación de la reforma de la sociedad confuciana, en el caso de la corriente económico-social, y el reconocimiento de la historia como una disciplina independiente, en el caso de los positivistas.

A partir de estas bases, Lee Ki-baik traza su propia perspectiva sustentada en el principio que concibe al hombre como el sujeto de la historia y artífice de su creación. En este sentido, se trata del habitante de la península coreana, y de manera genérica, del pueblo, que no constituye una entidad abstracta sino es, por definición, un ente social integrado por diferentes grupos, cada uno de los cuales cumple un papel determinado en el desarrollo de la existencia colectiva.

⁵ Le Ki-baik, *op. cit.*, pp. 11-12.

El papel que juega la presencia humana en la evolución histórica es precisamente la base que sustenta el criterio de periodicidad de Lee, que se centra en los procesos de transformación llevados a cabo por las fuerzas dominantes en la sociedad coreana, fuente de las diferencias políticas y económicas, sociales y culturales que caracterizan al desarrollo histórico.

Esta perspectiva de periodicidad adoptada por Lee a lo largo de su obra, aparece plasmada en un libro colectivo reciente, del cual es coautor. Los periodos considerados allí son los siguientes: 1) Las primeras sociedades comunales de la era paleolítica; 2) la formación de los primeros estados: desde el antiguo Choson y el Choson de Wiman, hasta la confederación de los reinos de Puyo, Koguryo y Chin que cubre el lapso que va desde el siglo IX a.C. hasta el siglo II d.C.; 3) las sociedades aristocráticas desarrolladas en el periodo de los tres reinos: Koguryo, Shila y Pekché, del siglo II al VII; 4) la unificación realizada por Shila (650-918); 5) la sociedad aristocrática durante el reino de Koryo (918-1392); 6) las nuevas fuerzas sociales, militares e intelectuales que llevaron a la consolidación del reino de Choson bajo la dinastía Yi (1392-1920); 7) la anexión y el dominio colonial por parte de Japón (1910-1919); 8) los movimientos nacionalistas y revolucionarios (1919-1931); 9) la asimilación forzada de los coreanos y la Segunda Guerra Mundial (1931-1945); 10) la liberación, la división y la guerra (1945-1953) y 11) el desarrollo separado de dos estados coreanos (1948-1990).⁶

En la demarcación cronológica presentada no figura expresamente la problemática de la modernidad, la cual se ubica a finales del siglo XIX; sin embargo, otros autores sitúan la modernización después de 1945. Sea cual sea la cronología adoptada, los intérpretes contemporáneos del proceso tienden a reivindicar dentro de toda esta prologada historia, la presencia temprana de una entidad unificada e independiente, iniciada en el siglo VII, cuando el control hegemónico

⁶ Carter J. Eckert, Lee Ki-baik *et al.*, *Korea Old and New a History*, Seúl, Korea Institute, Harvard University & Ilchogak Publishers, 1990.

del reino de Shila propició una existencia común entre todos los pueblos asentados en la península, dando origen a los elementos formativos de la nación coreana: la homogeneidad étnica, una lengua común, la unidad política y un territorio con límites geográficos claramente demarcados.

La importancia que se le da a algunos de estos elementos, en particular a la homogeneidad cultural y a la unidad política, ha generado una corriente interpretativa que encuentra en esta tradición histórica el sustrato de la transformación económica y social en la península coreana. Esta explicación, empero, no encuentra las razones por las que se dio un proceso separado de dos modelos de desarrollo.

Si bien no es posible rechazar la contribución de estas raíces culturales al impulso transformador propio de los dos estilos de vida de la actual sociedad coreana, la aceptación acrítica de tales premisas deja de lado una pregunta clave y por demás obvia: si Corea desde tiempos remotos aparece como una entidad social homogénea, ¿por qué terminó en años recientes como una nación dividida?

La respuesta a esta pregunta entraña una reflexión más profunda. En primer lugar, los rasgos biológicos no determinan por sí mismos la etnicidad, y consecuentemente, no puede hablarse en términos absolutos de una homogeneidad étnica. Estudiosos de la problemática étnica como Guillermo Bonfil han formulado que ninguna pretensión de homogeneidad étnica tiene una base real de sustentación debido a que “lo étnico contiene dentro de sí un sistema completo de identidades que permite organizar la vida social al interior de la etnia y en relación con los ‘otros’”.⁷

En este sentido, puede hablarse de un cierto grado de cohesión, lo que no necesariamente implica la presencia de una homogeneidad. Las etnias no son homogéneas —dice Bonfil— ni todos sus integrantes “participan de igual manera en los diversos aspectos de su cultura: hay diferencias, desigualdades

⁷ Guillermo Bonfil Batalla, *Pensar nuestra cultura*, México, Alianza Editorial, 1991, p. 11.

complementariedades y contradicciones que por otra parte, explican en gran medida la dinámica de la cultura”.⁸

Esta ausencia de homogeneidad de ninguna manera implica dispersión, “esa diversidad interna —apunta Bonfil— se da a partir de que existe la unidad básica de la cultura propia, que es el fermento de la identidad étnica, de la nación de ‘nosotros’”.⁹ Por tanto, es de la formación de esta identidad étnica de donde surge el proceso de integración nacional.

Dicho de otra manera, se requiere hurgar en todos aquellos elementos conformadores de la tradición histórica y forjadores de la etnicidad con el fin de establecer que ésta de ninguna manera constituye un proceso lineal, sino que es el resultado de rupturas y contradicciones en las que interactúan distintos grados de identidad, pertenencia y adhesión, para expresarlo en los términos propuestos por Jesús F. García Ruiz.¹⁰

Puede afirmarse que Corea, a pesar de constituir una entidad sociocultural muy antigua, no logró generar mecanismos que la preservaran, y hoy es una nación que en los últimos cuarenta años ha estado enfrascada en una enemistad fratricida entre miembros de un pueblo supuestamente dueño de identidad étnica homogénea.

Es necesario, pues, hacer acopio de todos los elementos significativos que permitan reconstruir cómo se produjo el proceso de la identidad étnica coreana, a fin de determinar cuál es el sentido de pertenencia hacia ese tronco étnico, y el grado de adhesión a metas e ideales comunes que los coreanos han desarrollado en el transcurso de su historia.

En una primera instancia, todo pareciera indicar que el grupo social coreano posee una imagen de sí fundada en su pertenencia a una matriz nacional homogénea, forjada a lo largo de un prolongado proceso histórico y de desarrollo

⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Jesús F. García Ruiz, “Etnicidad, integración cultural y derechos culturales”, en *Estudios Internacionales*, Revista del Instituto de Relaciones Internacionales y de Investigación para la Paz, Guatemala, año 1, núm. 1, enero-junio de 1990, pp. 68-69.

cultural, cuando los pobladores primigenios provenientes del Asia central se desplazaron hacia Manchuria y Siberia estableciéndose después en el actual territorio de la península coreana, donde formaron los tres reinos que, a la postre, fueron unificados por Shila. Puede hablarse, entonces, de la formación histórica de una identidad coreana, proceso que no necesariamente equivale a la configuración monolítica de una etnicidad a prueba de fisuras.

El grupo sociocultural coreano posee, por principio, una identidad biológica y cultural común, reafirmada por el hecho singular de no tener prácticamente asentamientos extranjeros en su territorio, con excepción de los aproximadamente 40 mil chinos que viven en Corea del Sur.

Ante el hecho real de la división debe señalarse, no obstante, que la ausencia de pluralidad étnica no necesariamente representa una garantía de homogeneidad. No hay que perder de vista que en el interior de cada etnia se mantienen diferentes grados de pertenencia y adhesión, que son los que le dan sentido a los comportamientos de las etnias entre sí y con los demás.

Así, se impone explorar otras vías para descifrar cuál es el significado étnico que los coreanos se atribuyen y tienen de sí mismos, en términos de su sentimiento de pertenencia y de los valores culturales que los cohesionan e impulsan sus acciones las cuales son, a su vez, portadoras de una o varias ideologías diferentes, arraigadas en la historia cotidiana y en la forma como han vivido su espacio geográfico.

La comprensión de tales cuestiones implica revisar el proceso histórico de la formación nacional y el papel que han tenido los valores sociales en la ruptura y en las continuidades de la vida social, en las que también han interactuado fuerzas externas, dando origen a periodos de enfrentamiento y escisión. Para Gary Ledyard¹¹ las etapas por las que ha atravesado la historia coreana se podrían plantear como sigue.

¹¹ Gary Ledyard, "The Historical Necessity of Korea Unification —Past History-Present Imperatives-Future Prospects—", en *The Korean Journal of International Studies*, vol. VI, núm. 2, 1975, pp. 39-51.

La primera unificación nacional no fue un proceso acabado, sino el eslabón inicial de una cadena de encuentros y desencuentros ocurridos durante seis periodos cronológicos. Esta primera etapa abarca un lapso de diez años, 660-670, y estuvo marcada por las secuelas que dejó China al brindarle apoyo a Shila para el logro de la unificación.

La segunda etapa, que va desde 890 hasta 930, se caracterizó porque prevaleció el descontento de los vencidos, dando pie a un cambio en la correlación de fuerzas, lo que hizo posible la constitución de un nuevo régimen que dio origen al reino unificado de Koryo. El tercer periodo cubre un lapso comprendido entre 1120 y 1130, durante el cual el predominio manchú sobre China también tuvo un impacto en Corea.

La cuarta etapa abarca los años entre 1250 y 1350 cuando la invasión mongola provocó una división territorial al anexarse a su dominio de Manchuria algunas provincias del norte de Corea. La presencia mongola generó, además, un enfrentamiento entre los coreanos partidarios de los mongoles y los leales al gobierno Koryo.

La quinta etapa abarca el periodo de 1590 a 1630, cuando Corea era ya gobernada por los monarcas de la dinastía Yi. Durante esta época se logró la institucionalización de un régimen político a imagen del chino, bajo el cual se forjaron las bases con las que hoy se identifica a Corea como una nación unificada y homogénea. Estos factores sin duda permitieron enfrentar con éxito la invasión japonesa de 1592-1598.

Durante la última etapa, a finales del siglo XIX, Corea se vio amenazada por la competencia imperialista extranjera, de la que salió triunfante la estrategia expansionista japonesa. Este hecho tiene un correlato en el deterioro económico y social; un divorcio entre pueblo y gobierno y la fractura de una élite gobernante, factores que minaron la capacidad de respuesta y condujeron a la pérdida de la independencia coreana.

Los valores sociales

La comprensión de las fuerzas sociopolíticas propulsoras del crecimiento económico del este de Asia, ha escrito Chalmers Johnson, es “uno de los requerimientos críticos en el estudio de la economía política de finales del siglo XX”.¹² Coincido plenamente con Johnson en subrayar la necesidad de ampliar el ámbito explicativo de la modernización incorporando un elemento de la cultura soslayado con frecuencia: los valores sociales.

En años recientes se han multiplicado las interpretaciones que hacen descansar en la ideología confuciana, o más propiamente dicho, en una llamada “nueva ética confuciana”, la clave del éxito de las economías del este de Asia.¹³ Ésta es una traspolación de la teoría de Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, en la que el confucianismo se presenta como “el equivalente funcional del protestantismo en cuanto a proporcionar los valores mundanos pero ascéticos [la tenacidad en el trabajo, la frugalidad, la armonía y el respeto a las jerarquías] que se suponen indispensables para el capitalismo”.¹⁴

Según Johnson, la teoría de Weber es inadecuada para la comprensión de las sociedades asiáticas y difícilmente puede asumirse que haya un vínculo entre el espíritu del capitalismo en Asia y los valores religiosos asiáticos. En contraposición, Johnson propone explorar la teoría del desarrollo tardío, que permite entenderlo a éste como la respuesta que en un determinado momento tuvieron que darle las sociedades atrasadas a los beneficiarios originales de la Revolución industrial. En el caso de Corea —dice Johnson— el desarrollo tardío es una

¹² Chalmers Johnson, “Los valores sociales y la teoría del desarrollo económico tardío en el este de Asia”, en Omar Martínez Legorreta (comp.), *Industria, comercio y Estado. Algunas experiencias en la Cuenca del Pacífico*, México, El Colegio de México, 1991, p. 11.

¹³ Tu Wei-ming, *Confucian Ethics Today. The Singapore Challenge*, Singapur, Federal Publications, 1984. Cf. Song Byung-Nak, *The Rise of the Korean Economy*, Hong Kong, Oxford University Press, 1990, p. 49.

¹⁴ Ch. Johnson, *op. cit.*, p. 12.

respuesta a la industrialización de Japón.¹⁵ Este punto será discutido en el último apartado de este trabajo.

Aunque coincido con la apreciación de Chalmers Johnson sobre el confucianismo y con que las motivaciones de los que se adhieren a esta explicación son de carácter nacionalista, ideológico, periodístico y no teórico, considero que tampoco puede dejarse de lado la impronta que el confucianismo ha tenido en la Corea contemporánea. Si bien no puede atribuírsele al confucianismo el mérito intrínseco de haber sido el vehículo para la adopción del capitalismo en Corea, sus 500 años de vigencia histórica constituyen un importante legado cultural.

La entronización plena del confucianismo tuvo lugar una vez que la dinastía Koryo fue sustituida por la nueva dinastía Yi, en 1392. A partir de esa fecha adquiere su fuerza como ideología de Estado, y tuvo su mayor auge durante los siglos XVIII y XIX. Pese a este arraigo, el confucianismo resultó ser un elemento nocivo para el desarrollo debido al énfasis exacerbado en el principio de lealtad preconizado por la doctrina adoptada, el neoconfucianismo de Chu-Hsi.

Este apego a la lealtad en su versión coreana terminó por contraponer la regla de la armonía que debía haber entre gobernantes y gobernados, al favorecer el predominio de una élite privilegiada, el grupo *yangban* (literalmente “dos grupos”, estrato formado por los aristócratas y los militares) que utilizaba el poder en beneficio propio y no de la colectividad. Este hecho determinó que, a la postre, no haya habido cohesión para enfrentar la amenaza externa.

Junto con este elemento, autores como Hyun Sang-yoon han encontrado en el confucianismo otros efectos positivos y negativos para la vida social coreana. Entre los primeros figuran la idea del hombre justo, la moralidad y la honestidad. Entre los segundos se encuentran la dependencia de Corea como tributaria de China, el faccionalismo político, el rígido sistema familiar y una extremada estratificación social; el

¹⁵ *Ibid.*, p. 19.

conservadurismo, y sobre todo, una marcada carencia de espíritu industrial.¹⁶

Al terminarse la dinastía Yi, el confucianismo acabó despojado de su fuerza política. No obstante, de ninguna manera puede afirmarse que sus huellas hayan desaparecido de la Corea contemporánea. Los cambios acaecidos en uno y otro lado de la península coreana, difícilmente se pueden interpretar como una ruptura total con este pasado confuciano.

La importancia que se le reconoce a la familia sigue vigente y estos nexos familiares lo mismo aparecen en la conformación del aparato industrial y de los cuadros administrativos sudcoreanos, como se compenetran en los círculos del Comité Central del Partido, en el norte. Por exagerada que pudiera parecer, esta vinculación entre política y familia está también detrás de la transmisión del poder de Kim Il Song a su hijo y en la veneración de la que gozó desde 1946 este gran dirigente en Corea del Norte.¹⁷

Tampoco puede soslayarse la huella del confucianismo en la gran importancia que en ambas partes de Corea se le reconoce a la educación y a la participación decisiva del aparato estatal en la conducción del desarrollo económico.

La comprensión de los valores sociales quedaría trunca si ésta se redujera al conocimiento de la herencia confuciana. En el proceso de modernización han confluído otros dos elementos que también revisten importancia a la hora de discutir la formación cultural de la Corea contemporánea: el cristianismo y el marxismo.

Es de sobra conocido el hecho de que la práctica del culto cristiano es un fenómeno en continuo ascenso en la sociedad sudcoreana. Esta proclividad religiosa no deja de constituir una paradoja, porque en los albores de la actividad misionera cristiana en Asia, el territorio coreano no fue objeto concreto de su atención, y las primicias sobre la "religión extranjera" llegaron indirectamente vía Japón y China.

¹⁶ Hyun Sang-yoon, *History of Korean Confucianism*, Minjung Sukkwan, 1960, pp. 4-9.

¹⁷ Bruce Cumings, *The Two Koreas*, Foreign Policy Association, Nueva York, Headline Series, núm. 269, 1984, pp. 10-11.

El primer antecedente de actividad misionera realizada en el antiguo reino de Choson proviene de la presencia de los jesuitas en territorio de Japón, y está representado por la presencia incidental, en 1594, de Gregorio de Céspedes, el jesuita español capellán de las tropas invasoras de Jideyoshi Toyotomi durante la llamada *Imdyin Weran* ("La Guerra del Año del Dragón"). No hay información precisa sobre los efectos de su acción evangelizadora entre los coreanos, con excepción de aquellos que fueron llevados a Japón en calidad de prisioneros de guerra.¹⁸

El segundo antecedente tuvo un mayor impacto. Se trata de los contactos habidos entre los enviados coreanos que presentaban el tributo al emperador chino y los jesuitas residentes en Pekín. Estos encuentros dieron lugar a una corriente espontánea de conversos al catolicismo, la que una vez descubierta fue perseguida por el gobierno. Pese a ello, el espíritu religioso de los nuevos creyentes no decayó.

Advertidos de que no podían constituir de manera independiente una iglesia, los católicos coreanos buscaron por diversos medios el auxilio de Roma. Su petición fue finalmente atendida por el Papa Gregorio XVI quien aprobó, en 1831, que se erigiera el vicariato apostólico de Corea, poniéndolo a cargo de la Société des Missions Étrangères.¹⁹

La presencia de los misioneros franceses tampoco fue bienvenida y la persecución continuó. Fue después de la firma del Tratado Franco-Coreano de 1886, cuando la actividad misionera quedó legalmente permitida, estableciéndose las bases definitivas para la libertad de la acción evangelizadora en territorio coreano. Una vez allanado el camino, no serían los misioneros católicos quienes cosecharían el fruto de la evangelización, pues fue a los misioneros protestantes a quienes les correspondió consolidarla.

¹⁸ Park Chul, *Testimonios literarios de la labor cultural de las misiones españolas en el extremo oriente: Gregorio de Céspedes*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1986.

¹⁹ Charles Dallet, *Histoire de l'Église de Corée*, 2 volúmenes, París, Librairie Victor Palmé Editeur, 1874.

La estrategia evangelizadora de los misioneros protestantes, en su mayoría de nacionalidad norteamericana, consistió en una obra educativa y de servicios asistenciales, la que junto con el estudio de la Biblia ofreció a los conversos coreanos nuevos incentivos ideológicos que los impulsaron hacia la búsqueda de mecanismos que pudieran contribuir a la preservación de la nación coreana.

Desde la fundación del Independence Club, en 1896, hasta la invasión japonesa a China en 1937, fueron varios los conversos protestantes coreanos que participaron en el movimiento nacionalista. Entre ellos figuran Yi Sengman (Syngman Rhee), presidente del Gobierno Coreano Provisional de Shanghai, quien fue también el primer presidente de Corea del Sur; Yi Thongshi, primer ministro del Gobierno Provisional y luego guerrillero y fundador del movimiento comunista; Yu Chi-ho, político y educador; An Chang-ho dirigente estudiantil en Tokio; 16 de los 33 signatarios de la Declaración de Independencia de marzo de 1919; Che Hyongbae, fundador del grupo en pro del uso del *janguel*; Kim Kyusik y Yo Unhyong, ideólogos socialistas; Kim Maria y Yim Louise, educadoras e impulsoras del movimiento femenino; Cho Man-shik, dirigente de un movimiento económico, y también jefe del gobierno interino de Corea del Norte entre agosto de 1945 y enero de 1946. Incluso Kim Ku, quien en su carrera de dirigente nacionalista dirigió diversos actos de sabotaje, fue protestante.²⁰

A esta lista de distinguidos protestantes coreanos, deben agregarse los nombres de algunos personajes de extracción católica que, en años recientes, han destacado en Corea del Sur. Mencionaremos a Chang Myon, primer ministro de la Segunda República; Kim Chi-Ha, el poeta encarcelado durante el régimen de Park Chung-hee, y Kim Dae-jung, el político de más larga carrera en la oposición.

Las contribuciones que el cristianismo ha dado a la transformación moderna de Corea son, según Yi Kwang-su, las

²⁰ Kenneth M. Wells, *New God, New Nation. Protestants and Self-Reconstruction Nationalism in Korea, 1896-1937*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1990, pp. 8-9.

siguientes: la introducción de la civilización occidental, el apun-
talamiento de una moral en decadencia, el impulso y la difu-
sión de la educación, la revaloración del papel de la mujer,
los cambios en la práctica tradicional de celebración de los
matrimonios, la difusión del alfabeto coreano y la literatura
popular, la modernización de los valores tradicionales y el
fomento del individualismo.²¹

Por lo que respecta al marxismo, éste empezó a difundirse
en Corea luego del triunfo de la revolución bolchevique, entre
los grupos de exiliados e inmigrantes coreanos residentes en la
Provincia Marítima de Rusia y Siberia. De este diverso conglo-
merado surgieron, en 1920, los fundadores del Partido Comu-
nista Coreano que tuvo el apoyo del Comintern. La falta de
coordinación entre todos los grupos que formaron el Partido
Comunista Coreano y el acoso de la policía japonesa ter-
minaron, en 1928, por ponerle fin a sus actividades en territo-
rio coreano.²²

A partir de esa fecha, los comunistas coreanos renunciaron
a mantener una línea autónoma y decidieron disolverse y afi-
liarse a los partidos comunistas de China y Japón. Quienes se
afiliaron al Partido Comunista Chino le inyectaron un fuerte
impulso a esa organización, mientras que los militantes en las
filas del Partido Comunista Japonés corrieron la misma suerte
que sus correligionarios japoneses y sucumbieron ante la repre-
sión militarista.

La militancia que los comunistas coreanos en el exterior
estuvo sujeta a los avatares políticos de la época. El avance
militar de Japón sobre China los llevó a abandonar Shanghai y
replegarse en Yenan, para concentrarse después en los movi-
mientos guerrilleros que operaron en Manchuria. De entre este
grupo de militantes surgió la figura de Kim Il Song.

La personalidad de Kim aparece en la última década de la
resistencia contra Japón, cuando muchos de los dirigentes

²¹ Cf. B. Nak Song, *op. cit.*, p. 48.

²² La información de esta sección proviene en su totalidad del libro Suh
Dade-Sook, *The Korean Communist Movement 1918-1948*, Princeton, Princeton
University Press, 1967.

comunistas importantes estaban muertos, en prisión o bien habían claudicado. Su acción revolucionaria tuvo lugar, además, durante un momento en que el gobierno japonés se embarcaba en una aventura expansionista a gran escala, de la que finalmente salió derrotado.

El mérito principal de Kim en esos años fue tratar de mantener la unidad del movimiento guerrillero coreano y fortalecer los vínculos con los comunistas chinos y soviéticos, sin que ello menoscabara la búsqueda de una línea revolucionaria propia.

El carácter autónomo de esta vía coreana de transición al socialismo se traduciría después en la teoría del *chuche*, la política oficial de autodependencia en la República Popular de Corea. Según señalan sus formuladores, esta teoría se basa en una idea del pensamiento marxista-leninista que considera a las masas como el motor de la revolución y la transformación social.

Dicho de otra manera, el hombre es el autor y actor de su propio destino y en él radica también la fuerza que habrá de forjarlo. Por tanto, el *chuche* engloba tanto la idea de independencia como la de creatividad, ya que el hombre no sólo es el dueño de todas las cosas, sino que posee también la capacidad de transformar por sí mismo y para sí mismo la naturaleza y la sociedad.

Otras referencias sobre el origen de la idea de *chuche* coinciden sin embargo en señalar que su planteamiento no tiene plena cabida dentro de la literatura marxista, y que su sentido está ligado también a otras fuentes, relacionadas con las proclamas del movimiento nacionalista coreano. La autosuficiencia es un concepto del que también hablaron las organizaciones cristianas que preconizaron un nacionalismo económico durante las décadas de los veinte y los treinta.

A este grupo perteneció la figura del ya mencionado Cho Man-sik, fundador de la Sociedad Promotora de los Productos Coreanos, quien se adhirió al marxismo junto con otros de los miembros de esa sociedad, como Kim Cholsu e Yi Suntek. Destaca, en particular, la figura de Yi Kungno, quien publicó en el órgano de la mencionada organización un estudio sobre la

chadyak chagop, ‘‘la autodeterminación’’. Yi fue uno de los miembros fundadores de la República Democrática de Corea.²³

Bruce Cumings, por su parte, encuentra el significado del término *chuche* más ligado al pensamiento político del este de Asia. Según este autor, en la representación del concepto aparece también la frase *ti-yong*, utilizada en China a finales del siglo XIX para denotar que el pensamiento chino debía estar en la base, mientras que el conocimiento o la tecnología extranjeros sólo importaban en la medida en que fueran útiles.

La idea figura también en el término *kokutai*, acuñado en Japón durante los años treinta, el cual posee un significado místico que busca establecer una distinción entre lo propiamente japonés y lo extranjero. En este sentido, la idea de *chuche* entraña también concederle una prioridad a las ideas coreanas frente al pensamiento extranjero y, en muchos sentidos, se enfatiza que en todo momento debe prevalecer la esencia coreana.²⁴

Las fuerzas externas

Como ya vimos, el desarrollo histórico coreano evidencia que Corea ha sido tierra de paso de influencias extranjeras muy diversas. En el transcurso de esta historia, son varios los periodos en los que se ha dado una interacción entre los procesos internos y el influjo externo de los chinos, los manchúes, los mongoles, los japoneses, los rusos, y más recientemente, los norteamericanos y los soviéticos.

El impacto de esta presencia extranjera en Corea ha dejado profundas huellas a lo largo de su historia. En primer término se encuentran las instituciones políticas de la dinastía Yi, moldeadas a imagen de las chinas, que tuvieron como resultado una rígida estructura social de corte jerárquico y autoritario y

²³ K. M. Wells, *op. cit.*, p. 163.

²⁴ B. Cumings, *op. cit.*, p. 54.

una dependencia de Corea como estado tributario del imperio chino.

El rey detentaba el poder absoluto, apoyado por una élite burocrático-intelectual que se proclamaba dueña de la tierra y de la población. El autoritarismo, y la rígida estructura social que lo sustentaba, no sólo hacían más ostensible la separación entre pueblo y gobierno, sino que determinaban una limitada movilidad social haciendo prevalecer el predominio de una reducida élite, los *yangban*, sobre la gran mayoría de la población formada por campesinos.²⁵ Durante la dinastía Ching estas relaciones consistieron en el intercambio de enviados y de productos.

Estos encuentros no sólo revestían una importancia económica, sino que también se tradujeron en influencias culturales. Su significado más importante, sin embargo, aparece en el ámbito político. Ante todo debe entenderse que esta relación de ninguna manera implicaba que China ejerciera un control político sobre Corea; de hecho, no tenía injerencia sino en los asuntos internos.

Por otro lado, para la élite gobernante los contactos con China constituían una manera de preservar su poder y prestigio.²⁶ La adhesión a este principio hizo que la clase dirigente coreana llegara al extremo de sentir una mayor identificación con China, factor que actuó en detrimento de su propia independencia.

Otro efecto de estos vínculos fue la preservación de la integridad territorial coreana; tal fue el caso durante la invasión japonesa del siglo XVI. Sin embargo, a finales del siglo XIX, el acoso imperialista contra China menguó su capacidad de apoyo, lo cual terminó colocando a Corea en una situación de completa indefensión.

²⁵ C.I. Eugene Kim y Hankyo Kim, *Korea and the Politics of Imperialism, 1876-1910*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1967, p. 9.

²⁶ Chun Hae-Jong, "Sino-Korean Tributary Relations in the Ch'ing Period", en John K. Fairbank (comp.), *The Chinese World Order*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 110-111.

Cuando Corea finalmente quedó a merced del avance imperialista, la élite *yangban* continuó observando el *sade* como mecanismo de acoplamiento ante la nueva situación. La convicción de considerarse como inferior a China llevó a la élite a rendirle pleitesía a los extranjeros, humillándose ante ellos; de igual manera que se esperaba que el pueblo coreano se sometiera a la voluntad de la clase dominante.²⁷

Todos estos factores interactuaron a finales del siglo XIX, época de una gran confusión que terminó por minar a la sociedad coreana. Nada parecía poder evitar un grave desenlace. La incapacidad gubernamental, la marginación popular y la obstinación de la clase *yangban* por mantener sus privilegios, y la incapacidad de China para salvaguardar la independencia coreana, terminaron por darle otro cariz a las disputas políticas. Esto condujo a la constitución de alianzas entre diferentes sectores de la élite con las distintas potencias extranjeras que se disputaban la influencia sobre la península.

A pesar de lo anterior, el pueblo buscó resistir a toda costa el dominio extranjero, pero la debilidad de su gobierno, el conservadurismo y el faccionalismo prevalecientes entre los miembros de la élite, postergaron y frenaron las posibilidades de realizar las reformas que hubieran podido mantener la integridad del país.

La dinámica de estos hechos condujo a una encrucijada que imposibilitó la conformación de un frente común que contrarrestara los juegos de poder de las potencias extranjeras. Los intentos de la clase dirigente por neutralizar estos influjos, siguiendo la práctica habitual de aliarse con una tercera fuerza, fueron contraproducentes.

Todo fue en vano. Una vez que China se vio obligada a renunciar a su hegemonía, Rusia fue derrotada por Japón y Estados Unidos no mostró interés alguno en proteger a Corea, a Japón le quedó el campo libre para realizar la anexión. Este hecho no sólo causó la pérdida de la soberanía sino que asestó

²⁷ Chu Hon-su, "The Formation Process of Korean Folk Traits", *Korea Observer*, Journal of the Academy of Korean Studies, vol. 1, núm. 1, octubre de 1968, pp. 46-47.

un fuerte golpe contra la ya de por sí fragmentada identidad nacional.

A pesar de los efectos negativos inherentes a todo proceso de dominación, el periodo colonial japonés en Corea constituyó un proceso a través del cual Japón transmitió su propia experiencia de modernización. Este hecho refleja que, al contrario de lo que suele pensarse sobre la acción depredadora del colonialismo, las relaciones de Japón con sus colonias revistieron un carácter opuesto al de las metrópolis europeas con las suyas. El colonialismo japonés no dejó un legado de atraso en sus colonias y, por lo tanto, una vez independizadas éstas, tropezaron con menos obstáculos para alcanzar el desarrollo económico.

La revolución capitalista coreana empezó durante el periodo colonial y su impacto, igual que en otros lugares, acabó destruyendo y transformando las estructuras de la Corea tradicional.²⁸ Durante la primera etapa de la política colonial japonesa, iniciada en 1910, el designio fundamental de Japón fue forzar una integración sociocultural que diera por resultado la absorción de los coreanos.

El propósito del gobierno japonés era incorporar a Corea no como una “colonia” sino como un “nuevo territorio” que podría ser integrado de manera gradual, dado que era el vecino geográfica e históricamente más cercano a Japón, con el que se compartían raíces étnicas y culturales. Los japoneses trataron de borrar cualquier sombra de conciencia nacional, lo que empezó con la prohibición del uso de la lengua y de los nombres coreanos.

Estas pretensiones fueron rechazadas por la población. La respuesta a la violencia del régimen colonial no se hizo esperar. Durante la primera década el país estuvo virtualmente bajo la ley marcial. Sólo después de las manifestaciones del 3 de marzo de 1919, que dieron lugar al Movimiento Samil, fue cuando la administración militar japonesa decidió atemperar sus

²⁸ Bruce Cumings, “The Legacy of Japanese Colonialism in Korea”, en Ramón H. Meyers y Mark R. Peattie, *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1984, p. 481.

medidas represivas permitiendo a los coreanos ejercer su derecho de asociación y publicar textos en su lengua nacional.

La década de los veinte fue un periodo de auténtica libertad política en Japón, conocido en la historia japonesa como la “Democracia Taisho”. Bajo este clima los coreanos pudieron fundar la organización comunista y otras agrupaciones nacionalistas.

Empero, luego del incidente de Manchuria de 1931, se eliminaron de tajo todas las posibilidades de ejercicio de la libertad individual y de participación política, lo que dio por resultado un incremento de la represión política originándose así los programas de movilización, formulados durante la guerra contra China en 1937 y el ataque a Estados Unidos en 1941.

Bajo estas condiciones, los coreanos recibieron el trato de súbditos del emperador de Japón, y en consecuencia fueron enlistados en el ejército y obligados a trabajar en las minas y otras industrias bélicas que funcionaban en el archipiélago japonés y en otros lugares del imperio.

Resulta evidente, por tanto, que en la trayectoria coreana hacia la modernización, el binomio agresión imperial-explotación colonial jugó un papel fundamental, dejando a su paso un conjunto de elementos significativos sobre cómo modernizar la educación, la participación en el ejército, la forma de gobierno y la economía.

En este sentido, dice Cumings; “Las virtudes coloniales de Japón pueden ser difíciles de justificar en términos filosóficos, pero desde un punto de vista práctico no eran difíciles de aceptar. Así parecieran ponerlo de relieve aspectos como la eficiencia militar, la presencia de un Estado fuerte impulsor del desarrollo económico y una estructura industrial moderna.”²⁹

Este legado resulta más claramente observable en el caso del desarrollo de Corea del Sur en los aspectos relativos al papel jugado por el Estado, la infraestructura económica establecida, la política industrial y la política educativa.

²⁹ B. Cumings, *op. cit.*, p. 482.

